

Presentación

Con este número de TK hemos querido rendir un homenaje a las librerías navarras. A través de diferentes artículos y entrevistas hemos tratado de profundizar en la historia de unos establecimientos que, sobre todo desde el último tercio del siglo pasado, han representado un papel decisivo en la difusión cultural. En nuestra comunidad, las librerías han tenido que suplir muchas veces la falta de bibliotecas, de casas de cultura y de otros equipamientos que era obligación de las administraciones públicas construir y mantener pero que no siempre lo han hecho cómo debían. No pretendemos decir, sin embargo, que las librerías se hayan aprovechado de esa situación. Más bien al contrario. En las ciudades que cuentan con una buena red de bibliotecas públicas trabajando por crear hábitos de lectura desde la infancia es donde las librerías encuentran el terreno abonado. Por el contrario, aquí ha habido buenas librerías a pesar de no contar con ese substrato.

La relación de las bibliotecas y las librerías es problemática, y no precisamente porque algunos libreros hayan visto en las bibliotecas públicas indicios de competencia desleal. En las sociedades desarrolladas, ya lo hemos dicho, la biblioteca es el mejor aliado de las librerías. No: los problemas proceden de que, debido a que son instituciones con características similares, a menudo deben soportar las comparaciones que, como sabemos, siempre son odiosas. En este mismo número de TK hay un artículo firmado por Felipe Martín que empieza por afirmar que las bibliotecas secuestran los libros mientras que las librerías los dejan en libertad. En una entrevista con Jordi Llovet publicado recientemente por la revista Quimera también incidía en esta comparación: “No es fácil, hoy en día, entrar en una librería y encontrarse con una edición de *De Officiis* de Cicerón... o una edición completa del *Teatro crítico universal* de Feijoo... son libros que raramente están a la vista, si es que están en la librería *überhaupt*, tienes que encargarlos, y unas veces lo encuentran y otras no. La solución, claro está, es ir a una buena biblioteca pública bien surtida; pero no me gusta ir a las bibliotecas públicas porque no se puede reír con estridencia, y la literatura está llena de cosas irrisorias; las bibliotecas públicas tienen un no sé qué de conventual y puritano que me molesta. Prefiero gastarme mi sueldo de profesor y tener los libros en casa”.

En sintonía con esta idea está también lo que se afirmaba en el informe *La biblioteca pública vista por los ciudadanos* (1999). En un momento de aquel informe elaborado por la Fundación Bertelsmann se afirmaba que para los ciudadanos los libros que contiene la librería son libros nuevos en la doble acepción de la palabra, libros por estrenar novedosos (“lo último de lo último”). A la librería se va a buscar la moda, los libros recién publicados, el último Planeta, el último libro del autor preferido, los libros publicitados en los medios de comunicación. Los libros de la biblioteca son libros viejos, también en el doble sentido de usados y antiguos, libros clásicos de literatura (“Cela y todo eso”), libros técnicos del año catapum.

En el dossier sobre las librerías, el lector encontrará, en primer lugar un trabajo de Jesús Arana, en el que destaca aspectos de unas cuantas librerías históricas. A continuación hay un bloque

de entrevistas y semblanzas de libreros navarros firmados, entre otros, por Ricardo Pita, Jesús Tanco Lerga y Gregorio Silanes, José Antonio Gómez Manrique y Bea Cantero, y Nacho Etchegaray. Y finalmente hay una tercera parte en la que además del mencionado artículo de Felipe Martín, el lector encontrará las firmas de los escritores Pablo Antoñana, Jesús Ballaz, Lucía Baquedano, Patxi Irurzun, Pedro Lozano, Marina Aoiz y Maite Pérez Larumbe. Cada uno con su estilo hace una evocación de lo que significan y lo que han significado para ellos las librerías.

Ana Urrutia, por su parte, ha escrito un hermoso texto sobre la censura que nos parece especialmente oportuno en estos momentos en que la libertad de expresión está amenazada. Su artículo suena como una advertencia. Ella se ha detenido a analizar algunos episodios graves de censura que han tenido lugar en Europa en los últimos ciento cincuenta años y termina recordando un incidente, en apariencia menor, que tuvo lugar en la Red de Bibliotecas Públicas de Navarra el año pasado. Como todos recordamos, el anterior concejal de cultura del Ayuntamiento de Pamplona se negó a firmar unas facturas presentadas por dos bibliotecas de la ciudad alegando que él consideraba que dos de los documentos que se habían adquirido (un informe sobre la tortura en Euskal Herria y el vídeo *Fucking Amal*) no debían estar en las bibliotecas públicas. Por supuesto que no ha sido éste el único intento de censurar materiales que hemos padecido en las bibliotecas navarras. En la entrevista que Ricardo Pita le hace a Javier López de Munáin, de la librería El Parnasillo, y que publicamos en este mismo número, recuerda una anécdota que puede parecer divertida pero que no tiene ninguna gracia: “Recuerdo que tuve un lío con el responsable por entonces de las bibliotecas navarras, un prohombre de la política local. Vino el bibliotecario de Puente la Reina y me dijo: ‘¿Puedes conseguirme La función del orgasmo [de Wilhelm Reich] para la biblioteca?’. Yo le dije: ‘Sí, pero en el albarán vamos a poner La función del organismo’. Bueno, pues el responsable de las bibliotecas detectó el pequeño truco. ‘¡Esto no es verdad!’, dijo. Y le obligó al bibliotecario a devolver el libro. Ningún bibliotecario podía elegir por su cuenta y riesgo un título, me dijeron. Y su secretario se envalentonó mucho, y me dijo, lo recuerdo muy bien, que el jefe era el único que sabía cuáles eran las necesidades culturales de los navarros”. En el año 1984 otro incidente como éste llegó hasta el Parlamento. En aquella ocasión se obligó a retirar de las bibliotecas públicas el cómic *Jamón de gorrion* que previamente se había distribuido. Así se hacía eco de lo ocurrido un editorial de la revista Pamiela: “Cuando el libro Navarra insólita de Ramón Lapeskera vio la luz en 1984, la Navarra que retrataba —integrista, cacique y meapilas—, frunció el ceño, ofendida por la bocanada de aire fresco que dejaba al descubierto sus vergüenzas. Meses más tarde, consecuentes con su rancia denominación de origen, un clérigo plumilla y dos políticos denunciaban ante el Parlamento y en los tribunales la edición de ¡un cómic! de Simónides, Jamón de Gorrión, por ‘blasfemo’ y otras depravaciones contra las esencias visigodas de Navarra; la jaimitada surtió efecto y el tebeo fue retirado de la Red ‘Púdica’ de Bibliotecas”.

Ya vemos pues que el intento de controlar lo que deben y no deben encontrar los navarros en las bibliotecas públicas no es algo de anteaer.

Pero sigamos con el contenido de este número. La presidenta de nuestra asociación entrevistó a Juan Ramón Corpas Mauleón, nuevo consejero de turismo y cultura, que se mostró muy

comunicativo y habló de su faceta de escritor, de médico, de investigador, de gestor. No es el menor mérito de un entrevistador el conseguir que la persona que se sienta al otro lado del magnetófono esté cómoda; y Clara Flamarique lo consigue.

En **TK** siempre nos ha complacido publicar las experiencias de compañeros que han ido a otros países a conocer su realidad bibliotecaria; así María José Quintana nos habló de las bibliotecas danesas y José Ortega de las bibliotecas de Finlandia. Siguiendo en esa línea publicamos en este número las impresiones de Mari Carmen Guerrero que hace unos meses estuvo visitando las bibliotecas de Dinamarca.

En el capítulo de nuevas instalaciones publicamos fotografías y artículos sobre las nuevas bibliotecas de Civican, Alsua y la del barrio de San Juan en la parque de Yamaguchi de Pamplona firmados por sus respectivos responsables.

En el mes de junio la Asociación organizó un curso sobre propiedad intelectual y las personas que dieron el curso, Marco Marandola y Susana Checa, nos han enviado sendos artículos sobre este tema.

También en algunos breves damos noticia de distintas convocatorias de Asnabi.

Finalmente debemos mencionar la nueva entrega de Ana Urrutia, la bibliotecaria-viajera que, después de Praga y de Jazaria y Panonia, nos propone ahora, en un artículo en forma de diccionario, una serie de lecturas sobre las Azores. Y no queremos terminar esta presentación sin llamar la atención sobre la provocadora (provocadora en el mejor sentido de la palabra) misiva que nos ha enviado Nacho Etchegaray para inaugurar la sección de Cartas al Director. Una revista que sigue inaugurando secciones es porque, sea el que sea el tiempo que le queda de vida, se siente joven. Además la carta resume perfectamente algunas de las dudas que nos asaltan de vez en cuando a quienes hacemos la revista, que nos debatimos entre la satisfacción y la inseguridad: la satisfacción de haber conseguido que **TK** sea el vehículo elegido por algunas de las mejores firmas navarras para comunicar sus reflexiones y la inseguridad de no saber si hay alguien ahí fuera.

9

NOTA DE LA JUNTA DIRECTIVA DE ASNABI

Con este número la revista **TK** cambia su periodicidad y pasa de ser una publicación semestral a ser anual. Los últimos números de la revista habían sido números dobles porque sólo se publicaba un número cada año. Con esta decisión pues se formaliza algo que, de hecho, venía ocurriendo ya. Este número 15 es por tanto el primero de esta nueva etapa.